

Recuerdo a mi Semana Santa

Por Miguel Fisac

De la Semana Santa de mi pueblo conservo esas dulces, y ya lejanas, estampas de la niñez, en que salía al balcón, en la noche del Jueves Santo, para ver pasar los “coloraos”, y con mayor solemnidad, el Santo Entierro, la noche siguiente.

Ya en la pubertad, recuerdo la llegada de Gabriel Guijarro en la madrugada del Viernes Santo a recogerme para ir de “moraos” a la procesión, y, cuando despuntaba el día, cómo contemplaba a través de los agujeros del capillo, la salida de Jesús Nazareno a los compases del “niño perdido” tocado por la Banda Municipal dirigida por don Valerio.

Después... otros recuerdos que no quiero recordar.

He presenciado, algunos de estos últimos años, con mi mujer y mis hijos, los desfiles procesionales de ahora.

Por lo que tiene para ellos de novedad y con una visión más ingenua que la mía, les han encantado.

El tiempo, y más que el tiempo aún, los cambios de paisaje, no sólo urbano y social, sino, sobre todo, interior, de una religiosidad más litúrgica y también más cerebral, me han creado una nueva manera de mirar más pobre y externa, casi de turista, las procesiones de Semana Santa de Daimiel.

Quizás porque me voy haciendo viejo, he sentido al verlas una cierta nostalgia. Algo desapareció de aquellas procesiones de mi niñez... lo que no sé, a ciencia cierta, es si eso que echo en falta se fue de las procesiones o, tal vez, se fue del alma.

